



NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE



**Nuestro mundo visto a través
de una corrida de toros**

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

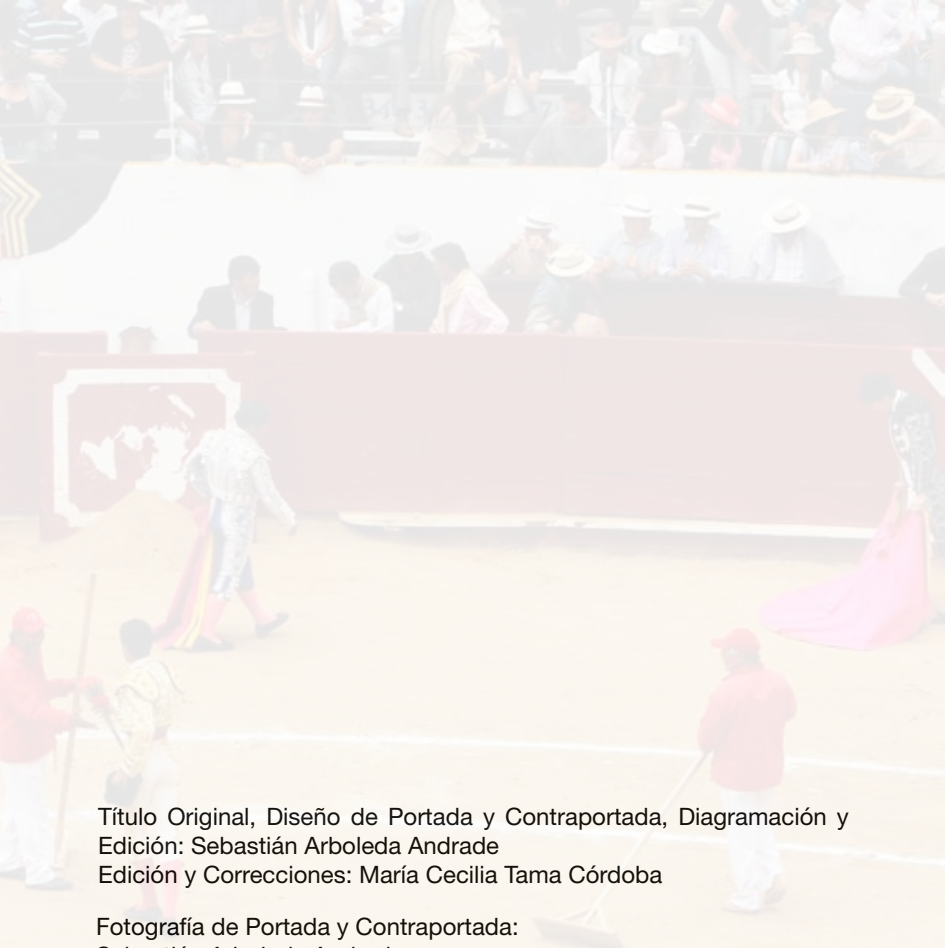
SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE



Sebastián Arboleda Andrade
Nuestro mundo visto a través
de una corrida de toros

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE



Título Original, Diseño de Portada y Contraportada, Diagramación y
Edición: Sebastián Arboleda Andrade
Edición y Correcciones: María Cecilia Tama Córdoba

Fotografía de Portada y Contraportada:
Sebastián Arboleda Andrade

No se permite la producción total o parcial de este libro, ni su
incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier
forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por
fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por
escrito del autor.

© Sebastián Arboleda Andrade, 2016.

Correo de Contacto: nuestromundocorridadores@gmail.com
Gediciones: www.gaudiumentos.com

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

Biografía

Sebastián Arboleda Andrade es escritor, investigador, historiador y genealogista. Creador y editor de revista Abanico. Ha escrito Los Arboleda, un acercamiento a siete generaciones (2012) y Polvo de Oro (2015).

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

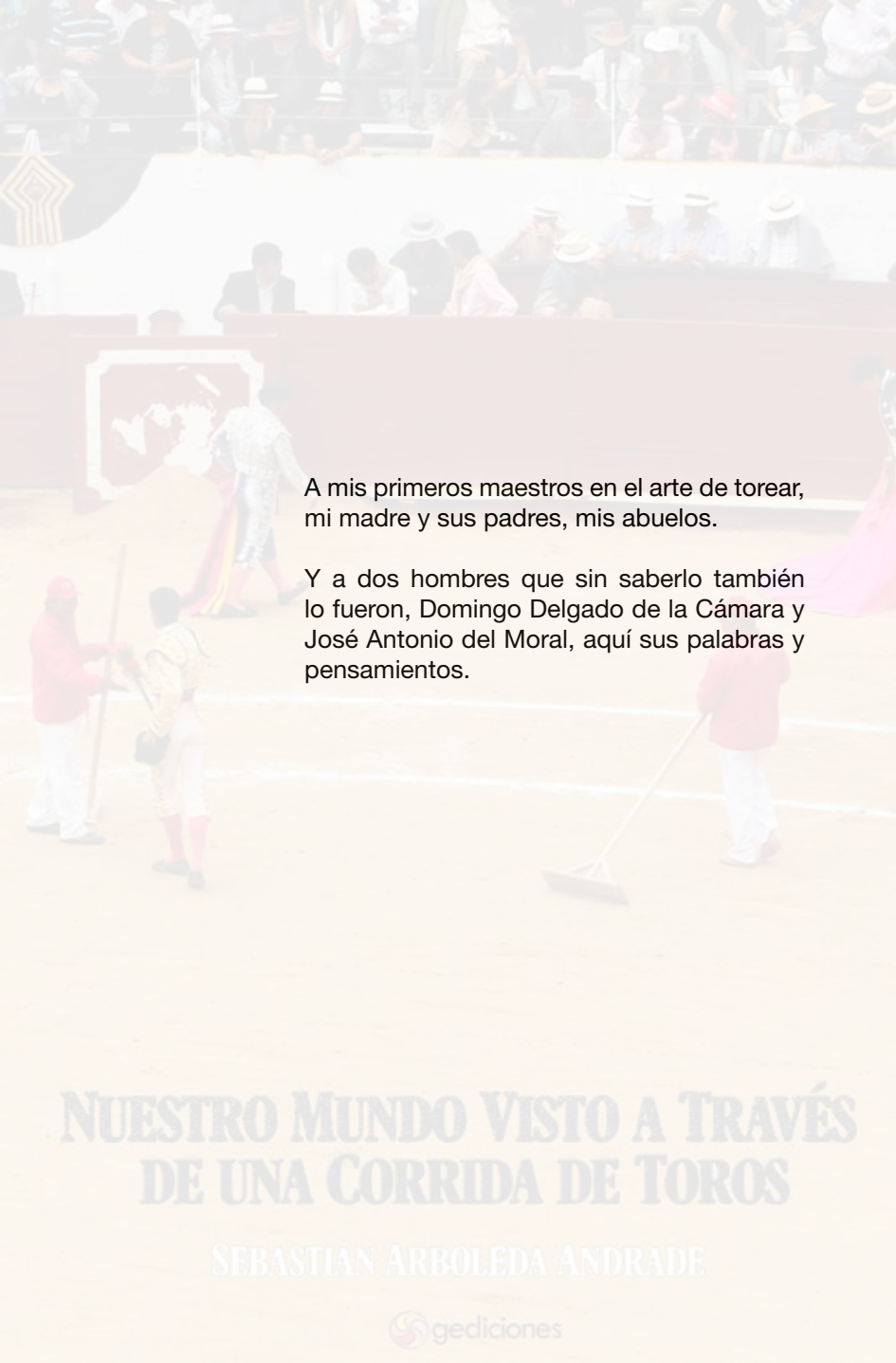
SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

Índice

<u>Consejos Preliminares</u>	13
<u>Breve Explicación</u>	15
<u>Introducción</u>	19
<u>Primer Tercio</u>	29
<u>Segundo Tercio</u>	79
<u>Tercer Tercio</u>	153
<u>Rejoneo</u>	219
<u>¿Qué Podemos Hacer?</u>	279
<u>El Futuro</u>	289
<u>Notas</u>	293
<u>Bibliografía de Apoyo</u>	297

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS
DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE



A mis primeros maestros en el arte de torear,
mi madre y sus padres, mis abuelos.

Y a dos hombres que sin saberlo también
lo fueron, Domingo Delgado de la Cámara y
José Antonio del Moral, aquí sus palabras y
pensamientos.

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

Consejos Preliminares [*]

Este no es el primer libro que insta al lector a dejar de inmediato su lectura. Quien quiera continuar con su vida normal, deberá cerrar esta obra y leer cualquier otra de las tantas que rondan el mundo. Según datos de un periódico español, se publican solo en ese país más de 72 mil títulos al año, así que hay de donde elegir. Si el lector no quiere dejar sus pensamientos e ideas y prefiere mirar al mundo de la manera que lo ha hecho hasta ahora, el consejo es tirar este escrito y dedicarse a otra cosa.

Quienes a pesar de este consejo siguen adelante, hay que advertirles que cambiarán la forma de ver su entorno o por lo menos lo analizarán de forma distinta. Al adquirir estos nuevos conocimientos que les llevarán a analizar la realidad nacional y mundial de forma distinta, se encontrarán remando contra corriente y discreparán con mucho de lo que escuchen y miren. Esta nueva manera de enfrentar la vida hará que pierdan amistades, que los consideren excéntricos, serán vilipendiados, agredidos, atacados y muchas veces se mofarán de ustedes.

Este libro no pretende ser una obra para eruditos o sabios, el autor simplemente es un mortal que descubrió y continúa investigando una realidad distinta a la transmitida de generación en generación. Aquí se relatarán temas que jamás se han escuchado o que han permanecido escondidos y otros que son vox populi pero que se les considera fantasías, justamente porque así han querido que suceda. En estas líneas se recopilan libros, escritos, documentos de varios autores que han contribuido para que este otro lado de la moneda se lo conozca, y

muchos siguen haciéndolo.

Algunos argumentos de este trabajo podrán herir susceptibilidades, irritar, causar asombro y hasta indignar a muchos, que quede claro que esto no se lo hace con intención.

Si a pesar de todo lo dicho continúan, se recomienda una lectura responsable, seria y con mente abierta. Si al inicio del libro o a la mitad desean tirarlo, no se quejen de que no fueron advertidos.

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

14

Breve Explicación [✱]

Muchos se preguntarán, si hay tanto de que escribir, ¿por qué hacer un libro así? En la actualidad es necesario tomarnos una pausa para pensar. El ritmo vertiginoso en el que vivimos ha causado que la mente humana deje de distinguir ciertas cosas que nuestros antepasados las percibían. La maquinaria construida para sostener y hacer mover este sistema está perfectamente aceiteada y no deja pasar nada salvo pequeñas fugas que serían capaces de destruirla en un solo soplo. Esta maquinaria hace del ser humano un ser no pensante, casi mecánico. La rutina deja poco espacio a la imaginación y la agenda diaria está dictada por lo que comúnmente denominamos Medios de Comunicación Masivos. El tiempo cada vez es más corto, hay que ocupar cada segundo de cada minuto para lograr los objetivos. La humanidad ha entrado en una carrera sin siquiera darse cuenta ni conocer la meta. A cada instante está bombardeada con información, publicidad, entretenimiento, ocio, trabajo, preocupaciones, todo definido en el anglicismo stress. ¿A qué momento nos detenemos a pensar, analizar, razonar? Y con esta pregunta no me refiero a nuestros trabajos, obligaciones o problemas cotidianos, me refiero a nuestras vidas, a nuestro país, a nuestro mundo, a nuestra existencia.

Este libro fue concebido justamente para detenernos a pensar, razonar y analizar. En olvidar un poco esta maquinaria que nos tritura día a día con nuevos inventos vacíos, con tecnología anti-humana, con miedos, con información innecesaria o novedades recicladas, con tanta palabrería inservible en un mundo más caótico cada día.

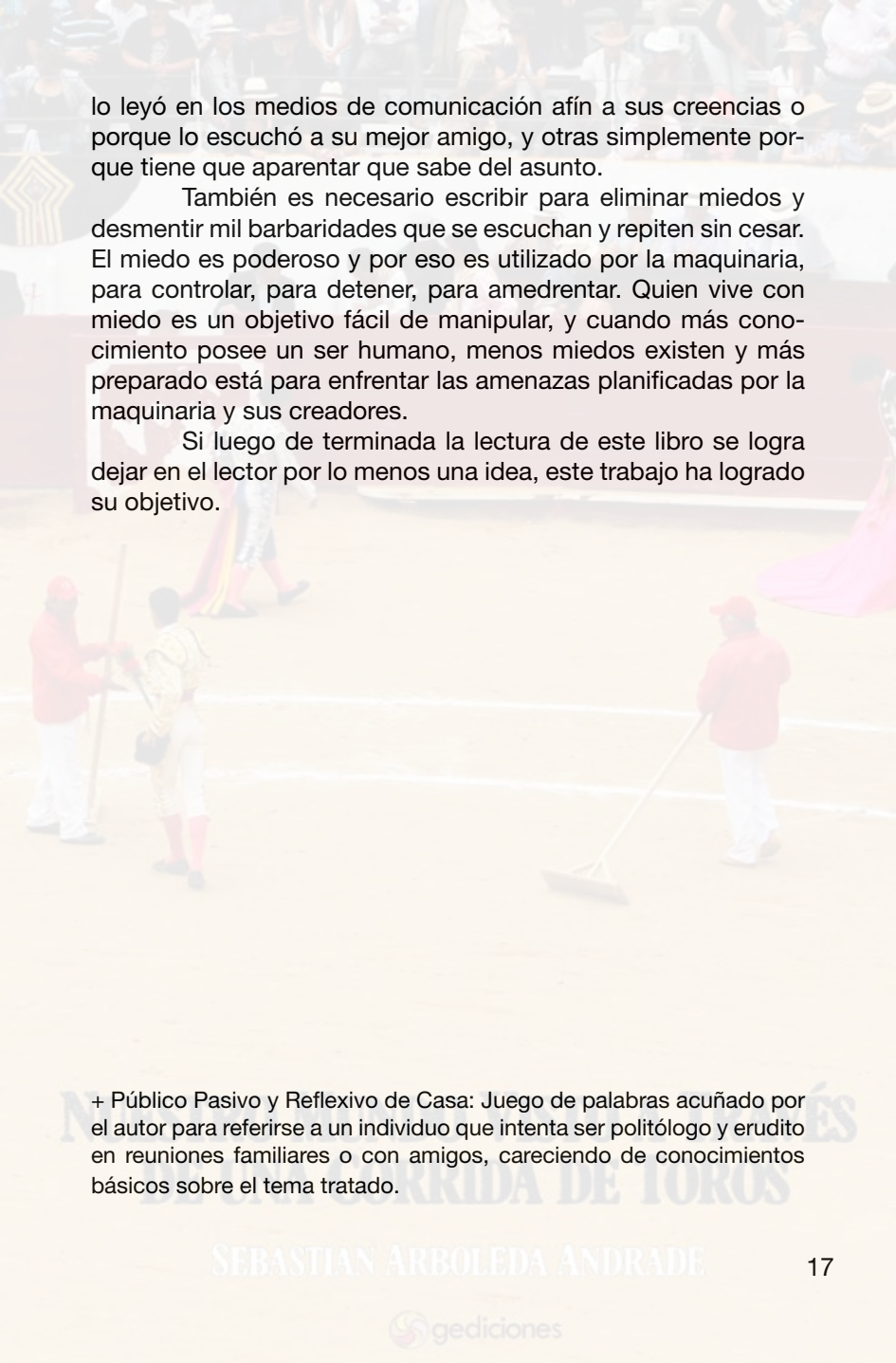
SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

El objetivo de este trabajo es sembrar en el lector la duda, la curiosidad e intentar que quien se atreva a leer esta obra analice de forma distinta el medio en el que se desarrolla. La obra fue escrita intentando no tomar una posición cerrada o sesgada, más bien es un relato de conocimientos que el autor fue descubriendo en más de Díez años de investigación y se atrevió a plasmar algunos en papel.

El tema principal para muchos es un tabú, prácticamente está prohibido hablar del mismo en algunos círculos de esta sociedad y del mundo. Tocar un tema como el que trata este libro es prácticamente jugar con fuego y ganarse el odio acérrimo de unos y el amor incondicional de otros. Y es que esto nos han hecho creer, esta dualidad simplista del bien y del mal, donde no hay términos medios, ni buenos que se hagan malos, ni malos que se hagan buenos. Luego de terminadas estas líneas, el lector se dará cuenta que el tema principal en el que se basa este libro para mostrar esta otra realidad es una minucia en comparación a los verdaderos problemas mundiales que el ser humano enfrenta. Nos estamos jugando nuestra propia existencia, la prolongación de nuestra estirpe.

Cuando pensamos que vivimos en una época donde existe libertad, más esclavos y prisioneros somos. Cuando creemos que estamos en un tiempo donde lo primordial son los Derechos Humanos, es cuando más se los vulnera, sobre utiliza y burla. Nos sentimos informados y comunicados, pero en realidad es cuando menos lo estamos y casi no existen relaciones personales. Cuando estamos seguros que la igualdad, equidad, valores y superioridad del ser humano están en la cima, son cuando más bajo han caído y se los sigue pisoteando.

Por esto es menester escribir estas letras, para desde un punto lejano a lo conocido se cuenten verdades que deben ser dichas, tanto por los que juegan por la derecha como por los que dicen ser zurdos. Porque cada lado tapa sus huecos y esconde sus fallas, solamente sacan a relucir sus buenas obras mientras un público pasivo y reflexivo de casa⁺ escoge un bando, obviamente el que más le convenga, y se dedica a defenderlo algunas veces con conocimiento de causa, otras porque



lo leyó en los medios de comunicación afín a sus creencias o porque lo escuchó a su mejor amigo, y otras simplemente porque tiene que aparentar que sabe del asunto.

También es necesario escribir para eliminar miedos y desmentir mil barbaridades que se escuchan y repiten sin cesar. El miedo es poderoso y por eso es utilizado por la maquinaria, para controlar, para detener, para amedrentar. Quien vive con miedo es un objetivo fácil de manipular, y cuando más conocimiento posee un ser humano, menos miedos existen y más preparado está para enfrentar las amenazas planificadas por la maquinaria y sus creadores.

Si luego de terminada la lectura de este libro se logra dejar en el lector por lo menos una idea, este trabajo ha logrado su objetivo.

+ Público Pasivo y Reflexivo de Casa: Juego de palabras acuñado por el autor para referirse a un individuo que intenta ser politólogo y erudito en reuniones familiares o con amigos, careciendo de conocimientos básicos sobre el tema tratado.

Introducción [*]

Despertar por las mañanas y poder ver el cielo despejado de Quito es algo incomparable. Algunos podrán decir que es azul, pero hasta el momento no encuentro una tonalidad que lo describa. Lo canta Humberto Dorado Pólit en su albazo, *Que lindo es mi Quito, no hay cielo como el de Quito*. Si algún extranjero me pregunta qué ver o conocer en la capital ecuatoriana, con facilidad podré responder su cielo, lo demás está en libros y guías turísticas.

En una de estas mañanas quiteñas José Manuel de la Trinidad despertó, había pedido su día libre, siempre lo guardaba, prefería no tomar vacaciones durante el año para disfrutar del 5 de diciembre con tranquilidad, fecha máxima de las fiestas de Quito. Para los que no son ecuatorianos y tengan la oportunidad de leer estas líneas, el 5 de diciembre es el día esperado por todos durante las celebraciones de la fundación española de San Francisco de Quito, que ocurrió un 6 de diciembre de 1534, de la mano del conquistador español Sebastián de Benalcázar. Tengo que decir fundación española porque si no los grupos autodenominados originarios se enfurecen, al decir que la ciudad existía mucho antes que los españoles llegaran, conquistarán e hicieran de las suyas. Escucharán de los autóctonos vestidos de jean y chompas de cuero que la fundación se remonta a los tiempos de Quitumbe y sus primeros habitantes los Quitus, que luego se mezclaron con los Caras formando los Quitus-Caras y así continúa la historia. Al mismo tiempo oirán a los estudiosos y académicos de levita añeja y leontina que Quito fue fundada por Diego de Almagro en las llanuras de Rio-

bamba el 12 de julio de 1534 llamándola Santiago de Quito, y que no existe otra acta de fundación más que esta, todo para despistar a otro conquistador español Pedro de Alvarado que quería llevarse también las glorias. Al fin y al cabo, algunos de estos adelantados terminaron matándose entre sí, luego de tretas, intereses, avaricia, envidias y un largo etcétera de sustantivos que nunca estarán fuera de moda. En definitiva el 6 de diciembre es como el 24 de diciembre, nos lo impusieron como fecha de celebración y de ahí en adelante las seguimos conmemorando. Continuando, José Manuel de la Trinidad pidió libre el 5 de diciembre para poder festejar a Quito y no tener que ir a su trabajo a pasar media mañana sin hacer nada, o a matar el tiempo jugando cuarenta hasta que llegue la hora de salir.

Era empleado privado, proveniente de buena familia por historia pero de estrato clase media en lo económico. Sus padres habían trabajado duro durante su vida para educarlo en un buen colegio y proporcionarle lo necesario y un poco más, a veces innecesario. Sus días los pasaba en una empresa que se encargaba de vender seguros médicos, su especialidad, pagar reclamos revisando que el asegurado tenga todo lo necesario y obligatorio para poder reclamar su seguro. Si tuviéramos un sistema de salud gratuito y de calidad en el país, José Manuel de la Trinidad no tendría trabajo, nadie necesitaría de un seguro ya que podría ir con tranquilidad a un dispensario o clínica estatal y recibiría los cuidados y medicamentos necesarios como si de una clínica privada se tratara, pero la realidad era distinta. En el país se estaba trabajando en un sistema eficiente de salud, pero el ciudadano prefería lo privado por costumbre y seguridad nada más, ya que así pague por una atención exclusiva, nadie le aseguraba que saldría vivo de aquel lugar. Y los dueños de estas empresas lo saben, si el sistema de salud es de primera ellos se quedan sin negocio. Estos grupos aseguradores cuidaban bien sus espaldas y bolsillos, nadie tenía duda que también de vez en cuando hacían de las suyas para boicotear el sistema público de salud para su beneficio.

José Manuel de la Trinidad no era chapetón o aristócrata, o sea pelucón, la vida le había enseñado que el dinero y

las cosas materiales están en un segundo o tercer plano en la vida del ser humano. Discrepaba mucho con los círculos que le rodeaban ya que ellos se creían pelucones, algunos por su dinero, otros por no perder su posición social que decían tener. Durante su juventud palpó crudamente la realidad de personas de escasos recursos. Conocía las dos caras de la moneda, y es que para él no había una tercera o cuarta. Estaban los de muy arriba, con posiciones sociales y grandes fortunas que las pasaban de generación en generación casi sin menguar su magnitud; y los de abajo, que vivían dignamente con su esfuerzo laboral pero que no heredaban a sus hijos más que un pequeño negocio, casa, terreno o no podían dejar nada a sus sucesores.

Lo primero que hizo al despertarse fue ir al baño, tenía que aflojar su vejiga de la noche, luego de mucho intentarlo en su niñez, perfeccionó la técnica de ir al baño antes de acostarse para no hacerlo durante el sueño. Aun con su pijama puesta, que en realidad era una vieja camiseta de mala calidad que alguno de sus parientes le trajo de la tierra de la libertad y unos calzoncillos largos, también conocidos como boxers, bajó para hacerse el desayuno. No hacía mucho frío en esos días por eso no dormía con el buzo deportivo que perteneció a uno de sus hermanos mayores. Vivía solamente con uno de ellos, el otro había partido de casa y vivía en una arrendada, sus padres por trabajo estaban fuera de la ciudad. Se preparó unos huevos revueltos, una taza de chocolate con leche y se deleitó con pan de tienda, no había mejor cosa que remojar aquel pedazo en leche y comérselo. Acompañó todo con jugo de tomate de árbol que le había dejado preparando su hermano. Disfrutaba el momento, tenía que comer bien porque le esperaba un día ajetreteado y al aire libre y solo el que ha vivido a los 2810 metros sobre el nivel del mar entiende como pega el sol al mediodía. Su casa estaba dentro de un conjunto, sus padres la adquirieron con un préstamo en el Seguro Social, habían tardado varias décadas en pagarla pero el sueño se hizo realidad. Manejaba un pequeño jeep de color blanco que era de sus padres, nada lujoso pero suficiente para sus trayectos cortos. No tenía novia, prefería jugar al fútbol y pasarla con sus contados amigos.

Terminó de desayunar y lavó los platos, esa era el acuerdo con su hermano, sino las broncas eran fijas. Contaba con tiempo, tenía que llegar a su destino once y media de la mañana máximo, sino se complicaría en la entrada. Tendió la cama mientras miraba el televisor, lo hacía poco pero a veces era necesario el ruido, en especial cuando estaba acostumbrado a la bulla familiar y ahora su casa permanecía en silencio. Al terminar fue al baño y se lavó los dientes, tenía clavadas en su cabeza las palabras de su padre, por favor lávense los dientes, las repetía luego de cada comida, cada día, varias veces, sin olvidarlo nunca. Abrió la ducha y se bañó rápido, no era el que se relajaba tomando un baño, más bien lo hacía con prisa para salir del trance. Se secó con una toalla que al decir de su hermano parecía lija, no era costumbre en su familia el suavizante, luego lo sería pero en ese momento, parecía que se estaba secando con un pliego de cartón corrugado. Terminó, se limpió las orejas con cotonetes, solo la parte externa de la oreja, había personas que se lo metían hasta el fondo logrando con los años acumular impurezas para luego tener que recurrir a un experto para que las removiera, talco en los pies y partes íntimas, y listo para vestirse. Al llegar al cuarto abrió el closet y sacó su jean azul, una medias negras, por suerte no atinó a las agujereadas, un boxer y una camisa. Se colocó sus zapatos de vestir color café y se amarró la correa de cuero del mismo color que por el uso ya se veía desgastada. Se peinó una vez puesta la camisa y se miró al espejo, en realidad era guapo.

No crean que se olvidó del desodorante y la colonia, y es que no los utilizaba. En su velador reposaba un frasco de vidrio a la mitad de una que le habían regalado hace más de tres años, la usaba de vez en cuando en ocasiones especiales y el desodorante no lo necesitaba, decía que quien se bañe todos los días no necesita usarlo. Además de que estos eran hechos a base de químicos que eran perjudiciales para su organismo; tampoco utilizaba pasta de dientes, al igual que los desodorantes, estaban fabricadas con agentes cancerígenos que todos desconocían. Utilizaba como desodorante alcohol, nada más y nunca hubo una persona que le oliese mal.

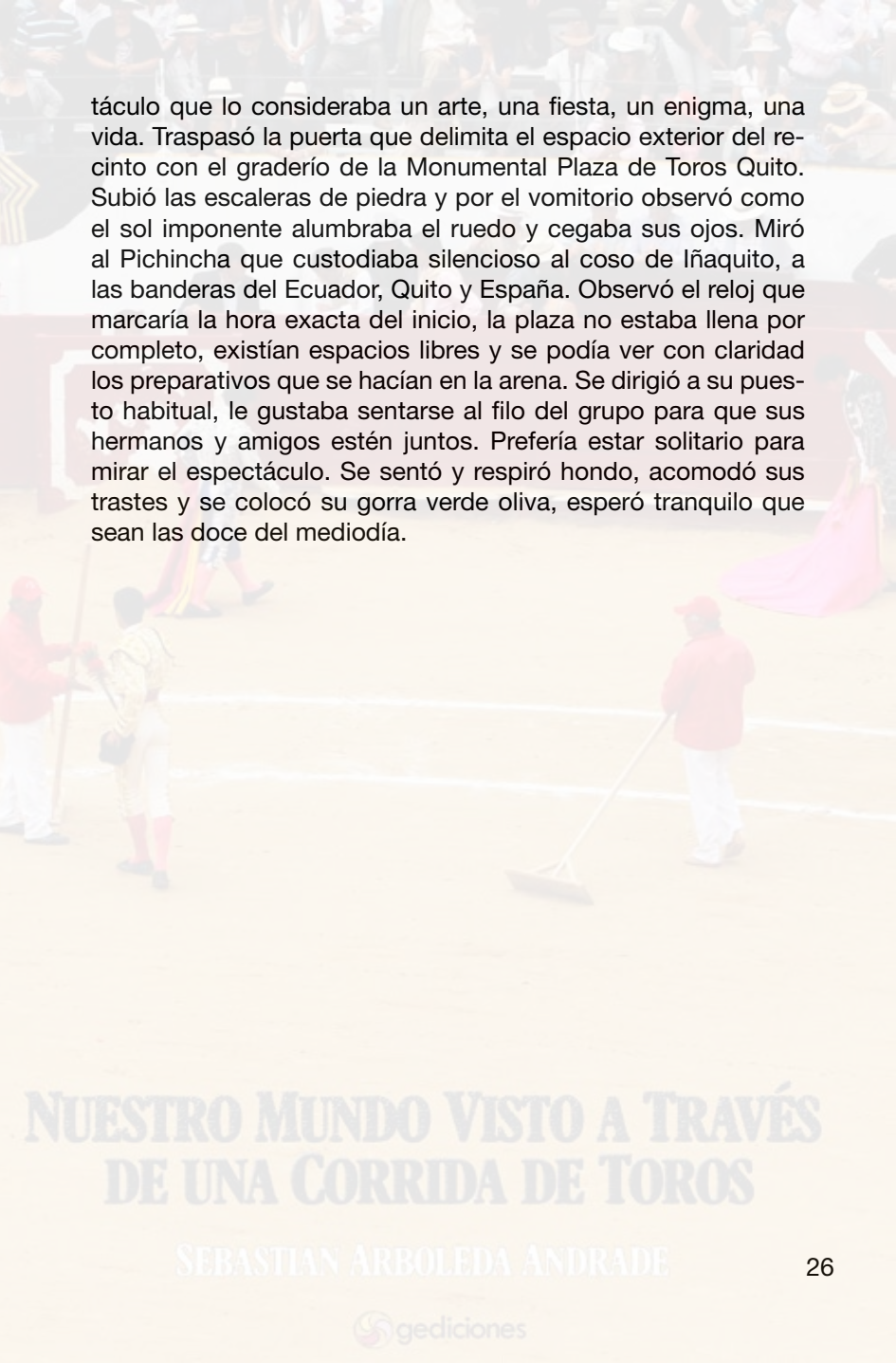
Regresó a su cuarto y apagó el televisor, fue un rato al estudio y prendió su computadora. Empezó a revisar los diarios habituales para conocer qué estaba sucediendo en el mundo, como siempre terminó asqueado por tanta ignominia que leía, de lado y lado. Al parecer no existían noticias positivas, no había nada bueno en el planeta ya que los periodistas únicamente se dedicaban a contar tragedias, mentir sobre algún conflicto político y dar verdades a medias de ciertas situaciones geopolíticas, todo era muerte, conflictos, guerras, genocidios, catástrofes. Pensaba claramente que al ser humano lo habían convertido en un ente sin sentimientos cuando convenía, y uno extremadamente sentimental cuando era necesario. La manipulación global era parte de cada día, y José Manuel de la Trinidad hacía todo lo posible para no dejarse llevar por la marea que arrasaba todo. Leyó por un buen rato y luego decidió apagar la máquina. Faltaba poco para salir y era mejor tener todo listo para no atrasarse. Abrió el primer cajón de su velador y sacó un pequeño fajo de entradas, tomó la que correspondía al 5 de diciembre y la guardó cuidadosamente en su billetera, una maltrecha de tela roja que tenía que lavarla pronto. Revisó que guardaba algo de dinero en ella y la puso en el bolsillo interior de su chompa, hacía esto para que no le roben en el bus. Cogió su gorra verde olivo y también la colocó esta vez en el bolsillo exterior. Sabía que el sol estaba pegando fuerte pero no embadurnó su cara con protector solar, no lo había hecho los días anteriores, este tampoco lo iba a hacer, entraba también en su lista de productos cancerígenos y nocivos para la piel. No recordaba dónde dejó sus gafas, bajó a revisar en la cocina y el comedor pero no las encontró, pasó por la sala pero tampoco estaban, subió al cuarto de su hermano, recordaba haberlas dejado en el escritorio que estaba cerca de la ventana, donde su hermano estaba haciendo algunos dibujos de algún templo antiguo. Tenía todo listo, no acostumbraba llevar reloj aunque esa era su única pasión hedonista, quería comprarse uno extravagante pero por el momento su sueldo, un poco más arriba del básico, no le alcanzaba. No podía olvidarse su amigo inseparable, un libro. De pequeño se le hacía un martirio leer, en

el colegio la obligación lo había llevado a la aberración por la lectura, peor aun cuando los maestros por cumplir un pensum le atormentaban con novelas baratas o con clásicos al estilo del ingenioso hidalgo que ni los más estudiosos llegan a comprender. En pleno siglo XXI y una novela pastoril seguía batiendo records en ventas. Ahora no podía dejar de leer o de tener un libro en su mano, había empezado con los de historia y de ahí no paró. Estaba leyendo Historia, Tradiciones y Leyendas de Quito, de José María Jaramillo Palacios pero como no quería llevar mucho peso decidió tomar uno más pequeño. La Hojarasca de García Márquez serviría, ya lo había leído pero repetir a este monstruo de las letras era algo que le seducía sobremedida. Al parecer los había leído todos, pero su favorito y que pensaba leerlo por cuarta vez era el Otoño del Patriarca. Con qué brutalidad describía la realidad de un continente, con qué precisión calificaba cada acción del déspota y sus ideas, con qué calidad escribía el adjetivo perfecto en el momento justo. Tomó sus llaves, su chompa, su libro, aseguró bien la casa y cerró la puerta de calle. No quería ir en carro, no sabía lo que le depararía el día y prefirió tomar el bus, algo normal en su vida. Caminó calle abajo para coger el que pasaba por su cuadra y que le dejaría muy cerca del lugar a donde se dirigía. Esperaba la llegada del transporte, sabía más o menos las horas en las que pasaba, minutos antes, minutos después pero las tenía calculadas, años de viajar en transporte público le había enseñado cosas que ni en los mejores centros educativos del mundo se aprende. Física y química se aprendía en un arrancón y en una mañana de comida típica dentro del bus. Sociología y psicología se estudiaba cuando subía una mujer en cinta o cuando los empujones eran rutinarios. Lengua y literatura cada vez que un vendedor ambulante se subía o un cantante callejero tocaba un instrumento, incluso cuando un estudioso enseñaba un proyecto de tren aéreo cuando en Quito no se pensaba ni en el metro, ni en nada por el estilo. Lo interesante de este personaje es que había calculado el costo, la factibilidad, los trayectos, el tiempo y las ventajas y enseñaba su idea en una carpeta que contenía hojas dentro de sobres transparentes para que no se dañen. Na-

die le paró bola, nadie le hizo caso, era uno más de los tantos que subía al bus y recetaba medicinas para curar la tos, el dolor de cabeza, la política. Se arrimó a un letrero que decía parada y abrió el libro. *Aunque él hubiera esperado lo contrario, era un personaje extraño en el pueblo, apático a pesar de sus evidentes esfuerzos por parecer sociable y cordial. Vivía entre la gente de Macondo, pero distanciado de ella por el recuerdo de un pasado contra el cual parecía inútil cualquier tentativa de rectificación.* Oyó acercarse el bus, cerró el libro y extendió su brazo para hacerlo parar, y este con un estruendo de freno de aire se detuvo para que subiera. Pagó la tarifa al entrar, la cobradora le saludó sin ningún ademán y caminó hacia la parte trasera, esperaba encontrar un asiento libre para continuar su lectura y gracias a Dios lo encontró. Acomodó la chompa en su regazo y se cercioró que su billetera siga ahí, por suerte estaba, se sintió aliviado. Abrió el libro, quitó el separador y continuó. *En la noche del domingo me puse el traje de novia en la alcoba de mi madrastra, me veía pálida y limpia frente al espejo, envuelta en la nube de polvorienta espumilla que me recordaba al fantasma de mi madre.* De vez en cuando alzaba la mirada para ver por dónde estaba, y para fijarse que todo dentro del bus estaba normal. Desde que decidió usar el tiempo del transporte para la lectura, los trayectos se hacían muy cortos al igual que los libros, en el tiempo que lo utilizó leyó varias docenas de obras, de todo tipo, grosor y olor, todavía no descubría las tabletas y los libros electrónicos. Por fin pudo visualizar su parada, la edificación era inconfundible dentro del paisaje urbanístico de la ciudad. Su color ámbar con detalles blancos resaltaba al igual que su tamaño, se podían apreciar las puertas interiores de madera roja y los pares de faroles verdes en toda su circunferencia. Las vallas publicitarias colocadas en la parte superior lo afeaban pero no había vuelta atrás, la publicidad y el marketing eran dueños del mundo moderno, sin ellos nadie sobrevivía, todos debían venderse a quien otorgue plata para cumplir sus sueños. Agarró sus pertenencias y se encaminó a la salida, pulsó el botón para avisar su parada al chofer, este redujo la velocidad y paró. Bajó con cautela y apresurado porque sabía que el bus arran-

caría de repente, otra técnica que uno debía aprender si quería sobrevivir en aquel mundo del transporte público. Preguntó la hora a un transeúnte, las once y media, tenía que moverse rápido para poder entrar. A las afueras la gente se aglomeraba, unos comprando entradas otros buscando la puerta por la que tenían que ingresar. Otros buscaban a sus amigos o amores, otros compraban refrescos con alcohol y sin alcohol ya que una vez dentro, los precios subían exorbitantemente. Podía ver las pintas típicas de los asistentes, las mujeres con sus botas altas de cuero y sombreros armonizaban el panorama, los hombres con camisa y pantalones de vestir trataban unos de conquistar, otros de agradar a su pareja.

Logró abrirse paso entre el tumulto para llegar a su puerta, tenía la número 7. Al llegar se dio cuenta que había cola pero no estaba muy larga. Sacó de su chompa la billetera y su entrada, guardó el libro en el bolsillo y lo cerró. Pasaron unos minutos y le pidieron la entrada, le arrancaron el lado derecho de la misma y se dirigió a la puerta correspondiente dentro del lugar. Ahí tenían que estar sus hermanos y los amigos de estos, él no tenía quien lo acompañe, sus amigos no eran tan aficionados como él, así que se contentaba con la compañía de sus conocidos. Un señor de terno se le acercó y le preguntó si era la fila para la puerta 7, le dijo que sí, pero que la cola estaba un poco más atrás. Podía escuchar la música que provenía del espacio principal del reducto, ahí se colocan los lugares de comida y bebida, era ahí donde estaba realmente el buen ambiente, la fiesta. Estaba pronto a llegar al último lugar que tenía que pasar para entrar de una vez a su destino. Todo había iniciado desde el mes de julio cuando salían a la venta los abonos para la mejor feria de América, la Feria de Quito Jesús del Gran Poder. Como todos los años compraba abono para la puerta 7 de general sol cuarta fila. Era una tradición implementada por sus hermanos mayores, por su madre, por sus abuelos. Era algo de familia, era un gusto generacional, un encanto propio, desinteresado, ajeno a cualquier postura social, económica, política o de cualquier otro tinte. No había intereses creados o beneficios individuales, era simplemente el gusto de asistir a un espec-



táculo que lo consideraba un arte, una fiesta, un enigma, una vida. Traspasó la puerta que delimita el espacio exterior del recinto con el graderío de la Monumental Plaza de Toros Quito. Subió las escaleras de piedra y por el vomitorio observó como el sol imponente alumbraba el ruedo y cegaba sus ojos. Miró al Pichincha que custodiaba silencioso al coso de Ñaquito, a las banderas del Ecuador, Quito y España. Observó el reloj que marcaría la hora exacta del inicio, la plaza no estaba llena por completo, existían espacios libres y se podía ver con claridad los preparativos que se hacían en la arena. Se dirigió a su puesto habitual, le gustaba sentarse al filo del grupo para que sus hermanos y amigos estén juntos. Prefería estar solitario para mirar el espectáculo. Se sentó y respiró hondo, acomodó sus trastes y se colocó su gorra verde oliva, esperó tranquilo que sean las doce del mediodía.

NUESTRO MUNDO VISTO A TRAVÉS DE UNA CORRIDA DE TOROS

SEBASTIAN ARBOLEDA ANDRADE

26



Sebastián Arboleda Andrade

Nuestro Mundo Visto a Través de una Corrida de Toros

Mediante la narración de una corrida de toros, el autor desentraña temas de importancia mundial como lo son: la industria del entretenimiento, la industria musical, democracia, educación, salud, economía, drogas y el ataque sistemático que sufre el ser humano para conducirlo a su fin, distrayéndolo y confundiéndolo con falsos y vanos objetivos altruistas.

Esta obra a más de ser un tratado de tauromaquia, es la escenificación de la gran problemática mundial que atraviesa la humanidad y que muy pocos se dan cuenta.

Aquí se sentirá a gusto el aficionado taurino, pero también todas aquellas personas que quieren un mundo mejor, ya que conocerán una realidad pocas veces contada.

En estas líneas se develan los planes de un grupúsculo poderoso que quiere acabar con el hombre.